

www.elboomeran.com

Jed Rubinfeld

La pulsión de muerte

Traducción de Jaime Zulaika



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
The Death Instinct
Headline
Londres, 2010

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Everett Collection / Rex Features

Primera edición: febrero 2012

© De la traducción, Jaime Zulaika, 2012
© Jed Rubenfeld, 2010
© EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2012
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7828-8
Depósito Legal: B. 549-2012

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*Para mis brillantes hijas,
Sophia y Louisa*

Una clara mañana de septiembre, en el sur de Manhattan, en el centro financiero de Estados Unidos tuvo lugar el ataque terrorista más destructivo que nunca se ha producido en suelo norteamericano. Era 1920. A pesar de la investigación criminal más exhaustiva hasta entonces en la historia del país, la identidad de quienes lo perpetraron sigue siendo un misterio.

Primera parte

La muerte es sólo el comienzo; después viene la parte dura.

Hay tres maneras de vivir con la conciencia de la muerte, de mantener a raya su terror. La primera es reprimirla: olvidar que se acerca; actuar como si no existiera. Es lo que hacemos casi siempre la mayoría de nosotros. La segunda es lo opuesto: el *memento mori*. Recordar la muerte. Tenerla presente continuamente, porque sin duda la vida tiene un sabor más intenso cuando un hombre cree que el día de hoy es el último. La tercera es aceptarla. Quien acepta la muerte —la acepta realmente— no teme nada y por ende alcanza una ecuanimidad trascendente ante cualquier pérdida. Estas tres estrategias tienen algo en común. Son mentiras. El terror, al menos, sería sincero.

Pero hay otra, una cuarta manera. Es la opción inadmisibile, la vía de la que nadie habla, ni siquiera a sí mismo, ni siquiera en el silencio de su propia conversación íntima. Esta manera no requiere olvido ni mentiras ni postrarse ante el altar de lo inevitable. Lo único que necesita es instinto.

Al dar las doce del mediodía del 16 de septiembre de 1920, las campanas de la Trinity Church empezaron a tronar, como si las moviera un único resorte, las puertas se abrieron arriba y abajo de Wall Street y por ellas salieron oficinistas y recaderos, secretarias y estenógrafas, para su preciosa hora del almuerzo.

Salieron a las calles, se arremolinaron alrededor de los coches, hicieron cola delante de sus vendedores ambulantes favoritos, llenaron en un instante la concurrida intersección de Wall, Nassau y Broad, un cruce conocido en los medios financieros como la Esquina: sólo eso, la Esquina. Allí se alzaba el Tesoro de Estados Unidos, con su fachada de templo griego, custodiado por un majestuoso George Washington de bronce. Allí se erguían las columnas blancas de la Bolsa de Nueva York. Allí tenía su sede el banco de J. P. Morgan, una fortaleza coronada por su cúpula.

Delante de este banco, una vieja yegua baya piafaba en los adoquines, atada a una carreta sobrecargada y cubierta por una arpillera, sin cochero y obstruyendo el tráfico. Detrás sonaban bocinas furiosas. Un corpulento taxista se apeó de su automóvil, con los brazos levantados en indignada protesta. Al tratar de reprender al carretero, que no estaba allí, al taxista le sorprendió un sonido raro y amortiguado que provenía del interior de la carreta. Pegó el oído a la arpillera y oyó un sonido inconfundible: un tictac.

Las campanas de la iglesia tañeron las doce. Cuando aún se oía el eco de la sonora campanada final, un taxista curioso retiró un extremo de la tela apolillada y vio lo que había debajo. En aquel momento, entre las miles de personas que se apretujaban, cuatro sabían que la muerte acechaba en Wall Street: el taxista, una mujer pelirroja que estaba cerca de él, el carretero ausente de la carreta tirada por una yegua y Stratham Younger, que, a cuarenta y cinco metros de distancia, ponía de rodillas a un detective de la policía y a una chica francesa.

El taxista susurró: «Que Dios se apiade.»

Wall Street explotó.

Dos mujeres, en tiempos amigas íntimas, al reencontrarse al cabo de años, lanzarán exclamaciones de incredulidad, abrazo, protesta, e inmediatamente recogerán las piezas que faltan de sus respectivas vidas y se las pintarán una a otra con todo el colorido

y la intensidad que puedan. Dos hombres, en las mismas circunstancias, no tienen nada que decirse.

A las once de aquella mañana, una hora antes de la explosión, Younger y Jimmy Littlemore se estrechan la mano en Madison Square, tres kilómetros al norte de Wall Street. El día era razonablemente bueno, el cielo de un azul cristal. Younger sacó un cigarrillo.

—Cuánto tiempo sin vernos, doctor —dijo Littlemore.

Younger rascó la cerilla, encendió, asintió.

Los dos hombres estaban en la treintena, pero eran físicamente diferentes. Littlemore, un detective en el departamento de policía de Nueva York, era el tipo de hombre que se mezclaba fácilmente con su entorno. Era de estatura media, y su peso y el color de su pelo eran normales; lo eran también sus facciones, una mezcla de franqueza y buena salud norteamericanas. Younger, en cambio, era fascinante: era alto, se movía bien, tenía la piel un poco curtida; guapo, poseía el tipo de imperfecciones faciales que gustan a las mujeres. En suma, el aspecto del médico era más exigente que el del detective, pero menos amable.

—¿Cómo va el trabajo? —preguntó Younger.

—Va bien —dijo Littlemore, removiendo un palillo entre los labios

—¿La familia?

—Todos bien.

Era asimismo visible otra diferencia entre ellos. Younger había combatido en la guerra; Littlemore no. Younger, abandonando su ejercicio profesional en Boston y su investigación científica en Harvard, se había alistado en 1917, en cuanto se declaró la guerra. Littlemore tendría que haberlo hecho, de no haber estado casado y con tantos hijos que atender.

—Me alegro —dijo Younger.

—Entonces, ¿va a decírmelo o tendré que sacárselo con unas tenazas? —preguntó Littlemore.

Younger fumaba.

—Tenazas.

–Me llama al cabo de todo este tiempo, me dice que tiene algo que decirme, ¿y ahora no va a decírmelo?

–Ahí es donde hacen el gran desfile de la victoria, ¿no? –preguntó Younger, mirando al parque de Madison Square, con su vegetación, sus monumentos y su fuente ornamental–. ¿Qué ha sido del arco?

–Lo han derribado.

–¿Por qué había hombres con tantas ganas de morir?

–¿Qué hombres? –preguntó Littlemore.

–No tiene sentido. Desde un punto de vista evolutivo. –Younger miró a Littlemore–. No soy yo el que quiere hablar con usted. Es Colette.

–¿La chica que se trajo de Francia? –dijo Littlemore.

–Debería estar a punto de llegar. Si no se ha perdido.

–¿Cómo es?

Younger lo pensó.

–Bonita. –Un momento después añadió–: Ahí viene.

Un autobús con imperial había parado cerca de la Quinta Avenida. Littlemore se volvió a mirar; el palillo de dientes casi se le cayó de la boca. Una chica con una trinchera fina bajaba por la escalera de caracol descubierta. Los dos hombres la recibieron en cuanto se apeó.

Colette Rousseau besó a Younger en ambas mejillas y tendió un brazo delgado a Littlemore. Tenía ojos verdes, movimientos gráciles y largo pelo moreno.

–Encantado de conocerla, señorita –dijo el detective, repeniéndose animosamente.

Ella le miró.

–Así que usted es Jimmy –contestó, examinándole–. El hombre mejor y más valiente que Stratham ha conocido nunca.

Littlemore parpadeó.

–¿Le ha dicho eso?

–También le he dicho que sus chistes no tienen gracia –añadió Younger.

Colette se dirigió a Younger.

–Tenías que haber venido a la clínica de radio. Han curado

un sarcoma. Y un rinoscleroma. ¿Cómo es posible que un pequeño hospital de Estados Unidos tenga dos gramos enteros de radio cuando en toda Francia no hay uno?

—No sabía que los rinos tuvieran aroma —dijo Littlemore.

—¿Vamos a comer? —preguntó Younger.

Donde Colette se había apeado del autobús, unos pocos meses antes un triple arco monumental abarcaba toda la Quinta Avenida. En marzo de 1919, una gran multitud vitoreaba el desfile de los soldados que volvían del frente por debajo del triunfal arco romano, erigido para celebrar la victoria del país en la Gran Guerra. Revoloteaban cintas, volaban globos, saludaban cañones y —como aún no había llegado la Ley Seca— se descorchaban botellas.

Pero al despertar al día siguiente, los soldados a los que dispensaron este recibimiento de héroes descubrieron que en la ciudad no había trabajo para ellos. El auge bélico había sucumbido a un desplome en la posguerra. Las fábricas agitadas cerraban con tablonces sus ventanas. Cerraban tiendas. Cesó la compraventa. Las familias eran desahuciadas y no tenían adónde ir.

Se suponía que el Arco de la Victoria tenía que haber sido de sólido mármol. Como no se podía costear tamaño despilfarro, fue construido de madera y yeso. Cuando llegó el mal tiempo se desconchó la pintura y el arco empezó a desmoronarse. Lo demolieron antes del final del invierno, por la misma época en que el campo se secaba.

El colosal, deslumbrante arco, blanco y desvanecido, prestó un temblor fantasmal a Madison Square. Colette lo percibió. Hasta se volvió para ver si alguien la observaba. Pero se volvió en la dirección equivocada. No miró al otro lado de la Quinta Avenida, donde, más allá del tráfico de automóviles y el traqueteo de los ómnibus, había, en efecto, un par de ojos clavados en ella.

Pertenecían a una figura femenina, solitaria, inmóvil, de mejillas demacradas y pálidas, de un cuerpo tan esquelético que, a juzgar por su apariencia, no habría podido amenazar a un niño.

Un pañuelo ocultaba casi todo su pelo rojizo y seco, y le colgaba hasta los tobillos un vestido ajado del siglo anterior. Era imposible adivinar su edad: podría haber sido una catorceañera inocente o una matrona huesuda de cincuenta y cinco años. Sin embargo, había algo singular en sus ojos. Los iris, del azul más claro, estaban veteados de impurezas de un amarillo pardusco, como cadáveres flotando en un mar en calma.

Entre los vehículos que obstruían el paso a esta mujer en la Quinta Avenida, se acercaba una carreta de reparto tirada por un caballo. Ella le dirigió una mirada serena. El animal que trotaba la vio por el rabillo del ojo. Se plantó y se paró en dos patas. El carretero gritó; los vehículos dieron un brusco viraje, chirriaron neumáticos. No hubo colisiones, pero se abrió un claro en el tráfico. La mujer cruzó sin problemas la Quinta Avenida.

Littlemore les llevó a un carro callejero junto a los escalones del metro y propuso que almorzaran «perritos», lo que exigió que los dos hombres describieran a una horrorizada muchacha francesa los ingredientes de aquella reciente sensación culinaria, el perrito caliente.

—Le gustará, señorita, se lo prometo —dijo Littlemore.

—¿Sí? —respondió ella, dubitativa.

Al llegar a la esquina cerca de la Quinta Avenida, la mujer con pañuelo se puso una mano de venas azules en el abdomen. Era una señal o una orden evidentes. No muy lejos, el surtidor de la fuente del parque dejó de fluir, y cuando caían los últimos chorros de agua al estanque, apareció otra mujer pelirroja, tan parecida a la primera que era casi su reflejo, pero menos pálida, menos esquelética, con el cabello suelto. Ella también se llevó una mano al abdomen. En la otra tenía un par de tijeras con cuchillas fuertes y curvadas. Se encaminó hacia Colette.

—¿Ketchup, señorita? —preguntó Littlemore—. La mayoría toma mostaza, pero yo prefiero el ketchup. Aquí tiene.

Colette aceptó el perrito un poco a regañadientes.

—Muy bien. Probaré.

Lo agarró con las dos manos y le dio un bocado. Los dos hombres la miraban. También lo hacían las dos pelirrojas, que se acercaron desde direcciones distintas. Y lo mismo hizo una tercera figura pelirroja al lado de un asta cerca de Broadway, que además de un pañuelo en la cabeza llevaba una bufanda gris de lana con más de una vuelta alrededor del cuello.

—¡Pues está bueno! —dijo Colette—. ¿Qué ha puesto en el suyo?

—*Sauerkraut*, señorita —contestó Littlemore—. Es una especie de col agria...

—Sabe lo que es *sauerkraut* —dijo Younger.

—¿Quiere un poco? —preguntó Littlemore.

—Sí, por favor.

La mujer debajo del asta se lamió los labios. Neoyorquinos presurosos pasaban por ambos lados sin fijarse en ella... ni en su bufanda, que el tiempo no justificaba y que parecía sobresalir extrañamente de su garganta. Se llevó una mano a la boca; las yemas de unos dedos escuálidos tocaron los labios abiertos. Empezó a caminar hacia la chica francesa.

—¿Y si vamos al centro? —dijo Littlemore—. ¿Le gustaría ver el puente de Brooklyn, señorita?

—Muchísimo —dijo Colette.

—Sígame —dijo el detective, lanzando al vendedor ambulante dos monedas de propina, y se dirigió a la cima de la escalera del metro. Se rebuscó en los bolsillos—. Vaya..., nos hace falta otra moneda de cinco centavos.

El vendedor ambulante, al oír al detective, empezó a revolver en su caja de cambio cuando advirtió que tres figuras extrañamente similares se acercaban a su carro. Las dos primeras se habían juntado y se tocaban los dedos mientras caminaban. La tercera avanzaba sola desde la dirección opuesta, sujetando contra la garganta su gruesa bufanda de lana. El largo tenedor del vendedor ambulante se le resbaló de la mano y desapareció en una olla de agua hirviendo a fuego lento. Dejó de buscar monedas de cinco centavos.

—Yo tengo una —dijo Younger.

—Vámonos —dijo Littlemore. Bajó al trote la escalera. Colet-

te y Younger le siguieron. Tuvieron suerte: un tren al centro estaba entrando en la estación; llegaron justo a tiempo. El tren se detuvo dando bandazos en mitad de la estación. Sus puertas se abrieron con un chirrido, se cerraron de golpe y volvieron a abrirse. Era evidente que algunos rezagados habían conseguido que el conductor les dejara embarcar.

En las estrechas arterias del sur de Manhattan —habían emergido en el ayuntamiento—, a Younger, Colette y Littlemore les había arrastrado la aglomeración capilar de humanidad. Younger aspiró profundamente. Le encantaba el bullicio urbano, su dinamismo, su beligerancia. Era un hombre seguro de sí mismo; siempre lo había sido. Para los parámetros americanos, Younger era de muy alta cuna: Schermerhorn por el lado materno, primo carnal de los Fishe de Nueva York y, por su padre, de los Cabot de Boston. Esta genealogía distinguida, que ahora le dejaba indiferente, le había asqueado en su juventud. El sentimiento de superioridad que disfrutaba su clase le parecía tan claramente inmerecido que había decidido hacer lo contrario de todo lo que se esperaba de él: hasta la noche en que murió su padre, cuando sobrevino la necesidad, el mundo se volvió real y toda la cuestión de la clase social dejó de interesarle.

Pero de aquello hacía mucho tiempo, borrado por años de trabajo infatigable, logros y la guerra, y aquella mañana neoyorquina Younger experimentaba una sensación de ser casi invulnerable. Reflexionó que sólo se debía, sin embargo, a la certeza de que no había francotiradores escondidos con tu cabeza en la mira de su arma, ni tampoco proyectiles que surcaban el aire con estruendo para arrancarte las piernas. A no ser que fuese al contrario: que la pulsión de la violencia fuera tan ambiental en Nueva York que un hombre que había combatido en la guerra pudiera respirar aquí, sentirse a gusto, flexionar los músculos, todavía aguzados por la salvaje carga ulterior de matar sin cohibiciones, sin convertirse en un marginado o en un monstruo.

—¿Se lo digo? —preguntó a Colette. A la derecha de ambos se

alzaban rascacielos incomprensiblemente altos. A su izquierda, el puente de Brooklyn se elevaba sobre el Hudson.

–No, se lo diré yo –dijo Colette–. Lamento robarle tanto tiempo, Jimmy. Debería habérselo dicho ya.

–Tengo todo el tiempo del mundo, señorita –dijo Littlemore.

–Bueno, seguramente no es nada, pero anoche vino una chica a buscarme al hotel. Estábamos fuera y dejó una nota. Aquí la tengo.

Colette sacó del bolso un pedazo de papel arrugado. El papel contenía un mensaje escrito a mano y garabateado deprisa:

Por favor, necesito verla. Saben que tiene razón. Volveré mañana a las siete y media. Por favor, ayúdeme.

Amelia

–No ha vuelto –añadió Colette.

–¿Conoce a esa tal Amelia? –preguntó Littlemore, dando la vuelta a la hoja, pero no encontró nada en el reverso.

–No.

–«¿Saben que tiene razón?» –dijo Littlemore–. ¿En qué?

–No tengo ni idea –dijo Colette.

–Hay algo más –dijo Younger.

–Sí, lo que nos preocupa es lo que puso dentro de la nota –dijo Colette, buscando en su bolso. Entregó al detective un pedazo de algodón blanco.

Littlemore separó las hebras. Sepultado dentro de la bola de algodón había un diente; un pequeño, reluciente molar humano.

Un torrente de obscenidades les interrumpió. La causa era un desfile en Liberty Street que había detenido el tráfico. Todos los que desfilaban eran negros. Los hombres llevaban su traje de domingo –un traje andrajoso, con las mangas demasiado cortas–, aunque era un día de semana. Niños flacos tropezaban descalzos entre sus padres. Casi todos cantaban; su himno se elevaba por encima de las pullas de los transeúntes y la ira de los automovilistas.

–Un momento –dijo un guardia uniformado, apenas un muchacho, a un conductor iracundo.

Littlemore se disculpó y abordó al agente.
–¿Qué haces aquí, Boyle?
–Nos ha mandado el capitán Hamilton, señor –dijo Boyle–, por la manifestación de los negros.
–¿Quién patrulla por la Bolsa? –preguntó Littlemore.
–Nadie. Todos estamos aquí. ¿Disuelvo esta manifestación, señor? Parece que habrá jaleo.
–Déjame pensar –dijo Littlemore, rascándose la cabeza–. ¿Qué harías tú un día de San Patricio si unos negros estuvieran armando jaleo? ¿Romper el desfile?
–Zurraría a los negros, señor. A base de bien.
–Así me gusta. Haz lo mismo aquí.
–Sí, señor. Muy bien, señor. ¡Vosotros! –El agente Boyle gritó a los delante de él, sacando su porra–. Desalojad las calles.
–¡Boyle! –dijo Littlemore.
–¿Señor?
–A los negros no.
–Pero usted me ha dicho...
–Zurra a los alborotadores, no a los manifestantes. Deja pasar a los coches cada dos minutos. Esta gente tiene tanto derecho a manifestarse como cualquiera.
–Sí, señor.
Littlemore volvió a reunirse con Colette y Younger.
–Vale; lo del diente es un poco extraño –dijo–. ¿Por qué querría alguien dejarle un diente?
–No tengo ni idea.
Siguieron andando hacia el sur. Littlemore alzó el diente hacia el sol, le dio vueltas.
–Limpio. En buen estado. ¿Por qué? –Miró otra vez al pape-lito–. Esta nota no tiene su nombre escrito, señorita. Quizá no fuese para usted.
–El recepcionista dijo que la chica preguntó por la señorita Colette Rousseau –contestó Younger.
–Podría ser alguien con un apellido similar –propuso Littlemore–. El Commodore es un hotel grande. ¿Hay dentistas allí?
–¿En el hotel? –dijo Colette.

—¿Cómo sabía que estábamos en el Commodore? —preguntó Younger.

—Por las cerillas. Ha encendido el cigarrillo con ellas.

—Esas horribles cerillas —dijo Colette—. Seguro que Luc está jugando con ellas ahora. Luc es mi hermano pequeño. Tiene diez años. Stratham le da cerillas para que juegue.

—El chico desmontaba granadas en la guerra —le dijo Younger a Colette—. No le pasará nada.

—Mi hijo mayor tiene diez años; le llamamos Jimmy Junior —dijo Littlemore—. ¿Están sus padres aquí también?

—No, estamos solos —respondió ella—. Perdimos a nuestra familia en la guerra.

Estaban entrando en el Distrito Financiero, con sus fachadas de granito y sus torres vertiginosas. Corredores callejeros vestidos con ternos subastaban acciones en la acera, bajo el sol de septiembre.

—Lo siento, señorita —dijo Littlemore—. Lo de su familia.

—No es nada excepcional —dijo ella—. Muchas familias murieron. Mi hermano y yo tuvimos mucha suerte.

Littlemore miró a Younger, que sintió la mirada pero no se dio por aludido. Younger sabía lo que estaba pensando Littlemore —¿cómo podía no ser excepcional perder a tu familia?—, pero el detective no había vivido la guerra. Siguieron caminando en silencio, cada uno enfrascado en sus propias reflexiones, y en consecuencia ninguno de los tres oyó a la criatura que se les acercaba por detrás. Tampoco Colette se percató hasta que sintió el aliento caliente en el cuello. Retrocedió y lanzó un grito de alarma.

Era un caballo, una vieja yegua zaina, que resoplaba fuerte por el peso de una carreta de madera decrepita y sobrecargada que arrastraba tras ella. Colette, aliviada y contrita, alargó la mano y arrugó una oreja del animal. La yegua dilató los ollares, agradecida. El carretero la arreó, asestándole un fustazo en el ijar. Colette retiró de golpe la mano. La carreta cubierta con una lona de arpillerera les rebasó traqueteando sobre los adoquines de Nassau Street.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —dijo Littlemore.

—Por supuesto —dijo Colette.

—¿Quién sabe dónde se aloja en Nueva York?

–Nadie.

–¿Y la anciana a la que han visitado ustedes dos esta mañana? La que tiene tantos gatos y es aficionada a abrazar a la gente.

–¿La señora Meloney? –dijo Colette–. No, no le dije en qué hotel...

–¿Cómo es posible que sepa eso? –interrumpió Younger, y añadió hacia Colette–: Nunca le he hablado de la señora Meloney.

Se aproximaban al cruce de Nassau, Broad y Wall Street, al centro financiero de la ciudad de Nueva York, y cabría decir del mundo.

–Es bastante obvio, en realidad –dijo Littlemore–. Los dos tienen pelos de gato en los zapatos, y en su caso, doctor, en los dobladillos del pantalón. Distintos tipos de pelos. Así que de inmediato he sabido que han ido esta mañana a un sitio donde hay muchos gatos. Pero la señorita también tiene dos pelos largos y grises en el hombro: de cabello humano. De modo que me imagino que los gatos son de una anciana y que ustedes la han visitado esta mañana, y debe de ser una señora afectuosa, porque así es como...

–Vale, vale –dijo Younger.

La carreta tirada por la yegua se detuvo delante del banco Morgan. Empezaron a tañer las campanas de la Trinity Church y las calles empezaron a llenarse de miles de oficinistas que salían de su encierro para la hora preciosa del almuerzo.

–De todos modos –resumió Littlemore–, yo diría que hay muchas posibilidades de que Amelia buscara a otra persona, y que el recepcionista se confundiera.

Comenzaron a sonar bocinas airadas detrás de la carreta estacionada, cuyo cochero había desaparecido. Una mujer pelirroja estaba parada sola en los escalones del Tesoro, con la cabeza envuelta en un pañuelo, observando al gentío con una mirada aguda pero serena.

–No obstante, da la impresión de que pudiera estar en un aprieto –continuó Littlemore–. ¿Le importa que me quede con el diente?

–Quédeselo –dijo Colette.

Littlemore se guardó el pedazo de algodón en el bolsillo del pecho. En Wall Street, detrás de la carreta, un corpulento taxista se apeó de su vehículo con los brazos levantados, en un gesto indignado.

—Es increíble que nada haya cambiado aquí —dijo Younger—. Europa ha vuelto a la Edad Media, pero en América el tiempo se ha ido de vacaciones.

Las campanas de la Trinity Church seguían tañendo. A cuarenta y cinco metros de Younger, el taxista oyó un ruido raro procedente de la carreta tapada con una lona, y una luz fría afloró en los ojos de la mujer pelirroja que estaba en los escalones del Tesoro. Había visto a Colette; bajó la escalera. La gente, inconscientemente, la dejaba pasar.

—Yo diría lo contrario —contestó Littlemore—. Todo ha cambiado. Toda la ciudad está nerviosa.

—¿Por qué? —preguntó Colette.

Younger ya no les oía. De pronto estaba en Francia, no en Nueva York, intentando salvar la vida de un soldado manco en una trinchera con agua helada hasta la rodilla, mientras llenaba el cielo el ruido penetrante, creciente, fatídico de los proyectiles inminentes.

—Ya ve —dijo Littlemore—: no hay trabajo, todo el mundo está sin blanca, desalojan a la gente de sus casas, hay huelgas, disturbios... e imponen la Ley Seca.

Younger miró a Colette y a Littlemore; no oían el chillido de la artillería. Nadie lo oía.

—La Ley Seca —repitió Littlemore—. Eso va a ser lo peor que nadie le ha hecho a este país.

Delante del banco Morgan, un taxista curioso describió una esquina de la arpillera apollada. La mujer pelirroja, que acababa de pasar por delante, se detuvo, perpleja. Las pupilas de su iris azul claro se dilataron cuando devolvió la mirada del taxista, que susurró: «Que Dios se apiade.»

—Al suelo —dijo Younger mientras tiraba de Littlemore y de Colette, que no comprendían, para que se pusieran de rodillas.

Wall Street explotó.